

NARRATIVA
NARRATIVA

la rutina de las máquinas

diego oddo



Oddo, Diego

La rutina de las máquinas / Diego Oddo. - 1a ed. - La Plata:

Contramar, 2019.

126 p.; 17 x 12 cm. - (Narrativa; 8)

ISBN 978-987-46408-9-5

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Colección Narrativa, dirigida por Nicolás Gelmini Juri.

Diseño de portada y trama: Ángela Pinto Rangel.

Diseño de interiores: Colectivo Contramar.

Contramar Editora

www.contramar.org

info@contramar.org

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina.

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2019 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

DIEGO ODDO

LA RUTINA DE LAS MÁQUINAS



Diego Oddo (1983) nació en Santa Fe. Publicó el poemario *El cielo ($\pi\sigma$) existe*, Corteza Ediciones, 2015.

La rutina de las máquinas es su primer libro de cuentos.

Tati

Tengo muchos recuerdos iguales pero creo que la primera vez fue en un cumpleaños de mamá. O bien pudo haber sido cualquier otro día del verano, porque mis tíos de Buenos Aires solían venir durante las vacaciones. Estábamos sentados bajo la parra, yo habré tenido unos cuatro años. Mi familia se divertía preguntando cómo me llamaba y esperando a que respondiera. *Tatiago*, decía yo. Después todos se reían y yo no entendía por qué. La situación me inquietaba porque no encontraba diferencia entre el nombre que imaginaba en mi cabeza y el que pronunciaba mi boca. Esa vez me levanté de la silla y le metí una patada en la pierna a mi tío, que enseguida me abrazó y lo tomó a la gracia. Yo estaba tan furioso que me solté del abrazo y fui a llorar a la cocina. Durante un par de años siguió pasando lo mismo, por lo menos hasta que pude pronunciar bien mi nombre. De todos modos, aprender a hacerlo no me sirvió de nada

porque a todos les quedó la costumbre de llamarme *Tati*, y así empezaron a decirme mis vecinos y todos los que me conocían. Con el paso del tiempo, hasta mi mamá se acostumbró y si no me llamaba Tati con libertad era porque a papá, por algún motivo que yo no conocía, no le gustaba. Cuando me decían Tati, mi viejo ponía cara de traste pero se quedaba callado; supongo que para evitar un momento incómodo frente a la familia que nos visitaba muy cada tanto. Esa vez fue atrás mío a la cocina y casi me arranca la oreja, como si lo que había pasado hubiese sido mi culpa.

Después de esa primera vez, tengo una laguna en la memoria que termina en otro episodio, creo que fue el primero que asustó a mis padres. Habré tenido unos ocho años. Fue un día de invierno. Llovía muchísimo, pero mis amigos y yo igual nos habíamos quedado en la calle. Cerca de casa había un desembocadero donde iban a parar los desagües. En el barrio le decíamos el laguito y a veces íbamos a pescar ahí. Alrededor, los vecinos tiraban la basura y había un rancherío que todos odiaban. En el laguito salían bichos rarísimos, sobre todo cascarudos, unos peces imposibles de comer. Mis padres no querían que fuera ahí, así

que siempre iba a escondidas. Tino hacía equilibrio sobre una viga de cemento que cruzaba sobre un zanjón, con un boguerito en la mano. El agua bajaba feroz. Fue entonces que me acerqué y lo sacudí de un brazo haciéndole perder el equilibrio. ¡Qué haces! Alcanzó a gritar él, pero enseguida la corriente lo arrastró y apareció flotando en el laguito. El resto de mis amigos, que habrán sido tres o cuatro, me rodearon y gritaron de todo, preguntando por qué había hecho eso. En ese momento, realmente no sabía qué responder. Tino dio unos manotazos para salir a flote y después nadó hasta la orilla. Mis amigos estaban asustados; yo estaba frío como un tiburón. Ni bien salió del agua se me vino al humo. Me dio una trompada en el ojo y después otra en la nariz. Sentí la sangre sobre mis labios, un dolor seco y helado. Después caí al piso y me dio tres patadas. Los demás esperaban que reaccionara pero me quedé inmóvil hasta que recibí la última. Un grito que vino de lejos detuvo la paliza. Está loquito este, escuché que dijeron por ahí. Yo me levanté sin soltar una lágrima, sin enojarme, sin hablar, y el papá de uno de los chicos que vivía antes de la entrada al basural fue conmigo hasta casa.

Esa tarde mamá no me dejó salir. Bajó del ropero dos cajas forradas en tela estampada a lunares blancos y rojos. Dijo que las iba a ordenar y que yo tenía que ayudarla. Una de las cajas tenía los papeles de la casa, la escritura, los impuestos y los documentos históricos de la familia: libretas escolares, de matrimonio, carnets de vacunas y todo eso. La otra caja era la de las fotos.

La tarea se hizo larga porque por cada una mamá contó una historia. Yo había agarrado algunas al azar. Había una de una nena y le pregunté por ella. Es Tatiana, dijo. Me quedé en silencio esperando que continuara. Vos no llegaste a conocerla, agregó. Volví a mirar la foto: mamá tenía una panza enorme, estaba embarazada de mí y la sombra de un mechón de Tatiana atado con una colita se proyectaba sobre su panza. Mi hermana estaba junto a una torta de cumpleaños, tenía una mueca esquivada, como si quisiera huir de la situación y mamá parecía alentarla a que soplara la vela. A los tres meses de ese cumpleaños se murió, tenía un problema en el corazón, dijo. Mamá se pasó un dedo por debajo de los anteojos y se secó unas lágrimas. Pero enseñada viniste vos, agregó.

¿Y cómo era Tatiana? Le pregunté. Desobediente. No había manera de tenerla quieta. Hasta antes de que supiéramos que estaba enferma, la retábamos mucho. Pero ni con la enfermedad paraba. Ahora me arrepiento de haberla retado tanto, respondió. En ese momento papá entró a casa y se quedó mirándonos un paso adelante de la puerta. Después se acercó y me arrancó la foto de las manos. Algún día lo tenía que saber, dijo mamá. Papá revoleó la foto, se metió en la pieza y ella se fue atrás de él. Enseguida empezaron los gritos. Yo me encerré en el dormitorio y en ningún momento entendí qué fue lo que se decían. Lo que sí puedo decir es que siempre pasaba lo mismo: papá volvía borracho en su bicicleta y empezaban las peleas. Pero esa vez el problema no era su borrachera; el problema era hablar de Tatiana.

Los escuché discutir desde la pieza hasta que se hizo de noche. Mamá lloraba y papá gritaba cada vez más fuerte. Dentro de mi cabeza, muy tenuemente, empecé a escuchar una voz que repetía *Tati, Tati, Tati*. Me asusté mucho, tanto que me puse la ropa que tenía a mano y salí corriendo a la calle.

Hacía muchísimo frío. Cuando no daba más de correr, caminaba hasta recuperar el aire y des-

pués seguía corriendo. La calle bajo mis pies se había transformado varias veces de tierra a asfalto y de asfalto a tierra. El tránsito variaba, a veces había colectivos y otras, carros tirados por caballos que recolectaban la basura de la noche. Llegué a una avenida y frené cuando ya no pude correr más. Bajo las luces transitaban algunos autos. Había un sereno parado en la puerta de un banco que se acercó y me preguntó si estaba perdido. Yo no dejaba de escuchar, como si fuese el estribillo de una canción infantil, la voz en mi cabeza. Quedate por acá nomás, dijo el guardia. Agarró su radio y minutos después, un auto de la policía estacionó frente a mí.

En la comisaría me preguntaron mi nombre, de dónde era. Me llamo Tati, contesté. Después me trajeron una taza de leche caliente con galletitas. Pasé la noche escuchando a una mujer policía reportando por teléfono a un chico perdido.

Cuando desperté todavía era de noche. Me habían tapado con una campera azul que tenía olor a cigarrillo y un escudo bordado en el brazo. La mujer escuchaba la radio y cabeceaba sobre el escritorio. Querés otra leche, preguntó. Sí, le dije con la cabeza. Trajo dos tazas. Al rato preguntó

por qué me decían Tati. Le conté la historia de mi tío, de mi nombre Santiago, pero también le dije que mi hermana muerta se llamaba Tatiana y que yo era la hermana muerta de Santiago. La mujer no preguntó más nada y trajo de todo para comer, como para mantenerme con la boca cerrada. Me tuvieron ahí hasta que mis padres llegaron.

Somos los padres de Santiago Torres, escuché que dijo mi papá. ¿De Tati?, dijo la policía. Mamá respondió que sí. Les pidieron los documentos y después los hicieron pasar. Había tres oficinas en la comisaría y más atrás, una celda en la que dos tipos dormían en el piso. Un policía se acercó hasta donde estábamos. Señores, dijo, y mis padres se levantaron y fueron con él. Entraron a la otra oficina. Por la puerta que había quedado apenas abierta, podía ver las piernas de mi padre moviéndose nerviosas.

Al otro día fuimos a un médico que me dio una semana de justificación para no ir a la escuela. En esos días me hicieron unos estudios en los que no salía nada raro. Cuando volví a la escuela, mis amigos me llenaban de preguntas. Yo me ponía nervioso y les terminaba pegando. No lo hacía a propósito pero me salía así. En mi cabeza es-

cuchaba una orden que decía *pegale*, y yo no podía controlar el impulso. La directora dijo a mis padres que a lo sumo podía tolerar problemas de aprendizaje o de integración pero no la violencia, que cada vez era más acentuada. Cuando volvía con una nota o llamaban por teléfono a casa, papá enloquecía y rompía algo contra el piso o la pared. Rara vez hablaba conmigo y si lo hacía, era para decirme que dejara de romper las pelotas.

En el barrio los rumores corrieron rápido. Enseguida noté el cambio: a la hora de armar los equipos para jugar a la pelota, mis amigos no querían que formara parte de ninguno. Todos decían que me habían echado de la escuela y que de pura suerte había conseguido un banco en una de otro barrio. La madre de uno de los chicos de la cuadra era la maestra de plástica y había visto a mis padres en las reuniones con la directora.

En esa escuela todo empezó a ser distinto. Insistieron tanto en que no peleara que opté por quedarme solo. Me acuerdo de estar caminando por los rincones del patio en donde nadie jugaba, mirando los partidos de fútbol o las carreras de los que jugaban a la tocada. Fue una mañana de esas que Tatiana me habló con claridad. Dijo que ha-

bía estado esperando el momento, que si yo siempre iba a estar ocupado con otros amigos nunca iba a prestarle atención a ella; que siempre había estado dentro de mí y que yo no me había dado cuenta. Tenía la misma voz que venía escuchando en mi cabeza. Su tono coincidía perfectamente con la imagen que me había quedado de ella la tarde en que encontré su foto. Por supuesto que tuve miedo, pero esa vez entendí que tenía que ser distinto, que si me ponía nervioso, si salía corriendo o si no la escuchaba, las cosas se iban a poner peor. Lo que vos y yo tenemos en común es el pelo. Si vos te mirás al espejo vas a ver que tu pelo es el mismo que el mío, dijo ella. Le respondí que yo iba a la peluquería todos los meses y que era imposible tenerlo tan largo. ¿Ves que en realidad no me querés ver? Agregó. Después se calló y no habló más en todo el día.

Llegué a casa y me miré al espejo. Aunque también yo era rubio, mi pelo estaba lo suficientemente corto como para ser bien distinto al de Tatiana. Para asegurarme le pedí la foto a mamá. Para qué la querés, preguntó. Para rezar por ella, dije.

La mañana siguiente, que fue un sábado, Tatiana volvió a hablarme. Yo estaba de nuevo solo

pero esta vez en el laguito, tirando cascotes al agua desde una montaña de escombros. No me tenés que contar nada, ya sé lo que hiciste: fuiste al espejo, te miraste y ni me viste. ¿Cómo puede ser? dijo. Me hacés asustar, contesté. ¿Vos querés verme? En realidad no sé, respondí. Ves, es imposible si no querés. Cuando te animes, llámame. Esperá, no te vayas, le pedí. Enseguida vi un movimiento en el agua. A veces los cascarudos se asomaban para comer cualquier cosa que estuviera flotando y antes de volver a sumergirse, daban un coletazo sobre la superficie. Pero enseguida el movimiento se repitió y cuando pude darme cuenta, ya estaba dentro del agua. Di unas brazadas hasta la orilla y me senté temblando de frío. Vi mi cara desarmándose en el movimiento del agua y cuando fue quedándose quieta, la sonrisa de Tatiana se superpuso en el reflejo de mi cara. La escuché reír y salí corriendo a casa. Al entrar, mamá se asustó. Qué te pasó, preguntó. Nada mami, dije. Ella fue a buscar una toalla con la que me envolvió en sus brazos. Por suerte papá no estaba.

Enseguida volvieron a llevarme al médico, pero esta vez me pasearon por varios distintos y tam-

bién por varios psicólogos. Todos coincidían en que la presencia de esos actos eran llamados de atención, que tenían que pasar más tiempo conmigo y buscar actividades de mi interés. Mientras recibían esos sermones, me acuerdo de estar toqueteando todo lo que encontraba en los consultorios o cantando canciones que Tatiana susurraba.

Desde que los chicos habían dejado de buscarme, mamá me prohibió salir a la calle. Entonces pasaba el tiempo persiguiendo insectos en el patio, metiéndolos en una caja de fósforos para después prenderles fuego. A Tatiana le encantaba la caza de insectos. Agarró esa langosta. Cortale una pata. Bien, me decía, bien, cada vez que cumplía con lo que pedía.

A veces, cuando papá no estaba en casa, Tatiana me decía que agarrara la ropa de mamá, que tenía que usar esa ropa. Me pasaba horas frente al espejo del dormitorio de mis padres, poniéndome blusas o vestidos que sacaba uno tras otro del ropero. Creo que por esos días mamá entendió que tenía que dejarme hacer; porque abría las puertas de su ropero y un rato antes de que papá llegara, guardaba todo y me hacía vestir con la otra ropa, la que a papá no lo iba a poner nervioso.

Los últimos meses de ese año en la nueva escuela, Tatiana se mostró más buena. Ya no me mandaba a matar bichos ni a golpear a nadie. Yo estaba muy solo pero con la distancia con el resto de los chicos, llegó la tranquilidad que los maestros esperaban. Además, Tatiana se había convertido en la única que jugaba conmigo y me fui dando cuenta de que la necesitaba. A ella le gustaba jugar a las adivinanzas. Se sabía muchísimas, tantas que yo no podía entender de dónde las sacaba. Ahora me acuerdo de ésta, una que cambió mi vida para siempre.

*Vos das un paso
yo doy un paso
vos te querés esconder
yo te delato.
¿Quién soy?*

Estuve varios días pensando la solución y fue al mirar de nuevo la foto de Tatiana que la encontré. Sos la sombra, dije. Doy un paso y vos das un paso. La sombra, repetí. Enseguida, proyectada gigante en el patio de la escuela, la vi. La silueta de Tatiana, gigantesca y negra, se

desprendía de mi cuerpo sobre el piso. Un mechón como el que en la foto se proyectaba sobre la panza de mamá, se destacaba como un brote de su cabeza.

Durante unos meses no fui a la peluquería. A veces, parado frente al espejo, me ataba el pelo con una colita o con alguna de las hebillas de mamá, que tenía el pelo lacio y rubio como seguro hubiera sido el de Tatiana si llegaba a grande. Yo soñaba con tenerlo igual que ella. Cuando empecé a usar la colita en la escuela, algunas maestras se escandalizaban y me hacían guardarla en el bolsillo. En esa ocasión volvieron a llamar a mis padres pero mamá fue sola a la escuela, diciendo que papá estaba enfermo.

Tatiana odiaba a papá. Decía que por culpa de él, ella y yo no podíamos hacer lo que queríamos. Le di la razón porque me di cuenta de que el odio de Tatiana y el mío eran el mismo, como los pensamientos y el cuerpo. Mamá hizo todo lo posible para evitar lo que pasó, pero ya no hice más esfuerzo por esconder la transformación que estaba viviendo. Papá enloqueció cuando me encontró en su dormitorio con los labios pintados, vestido con la ropa y las hebillas de mamá. No dudó en cagar-

me a palos. Yo gritaba y gritaba. Me sentía muy fuerte, una energía inusual se había apoderado de mi cuerpo. ¡Soy Tati y me vas a tener que matar para evitarlo! La sangre sobre mi cara se mezclaba con el maquillaje y la pintura de labios. La desparramé por la cara y después me pasé la lengua por la punta de los dedos. Volvió a tirarse encima mío y si no fuera por mamá, estoy seguro de que me mataba. Tenía catorce años esa vez y no pasó mucho tiempo más hasta que me fui de casa. Si durante un tiempo me escondí fue solo por mamá, que le tenía terror y me pedía que aguantara hasta encontrar la manera de escaparnos. Pero yo no la esperé.

Desde el momento en que Tatiana y yo nos vimos en el laguito, sentí que pertenecíamos a ese lugar. Ese claroscuro de agua podrida nos reflejaba. Estuve un tiempo parando en la casa de una chica que me enseñó que los hombres como mi papá pagaban muy bien por el sexo de un cuerpo adolescente; fue con ella que empecé a trabajar la calle. Por la noche, cuando la sombra lo cubría todo, Tatiana se apoderaba de mi cuerpo o yo se lo cedía, vale lo mismo decirlo de una u otra manera: por la noche éramos Tati y todavía lo seguimos siendo.

A veces papá merodeaba la zona del laguito, borracho y a los tumbos, buscando sexo. La vez que quiso acercarse a mí, le puse un cuchillo en la garganta. Flotando en el laguito vas a terminar, le dije. Ahora, si pasa, apenas se anima a mirar de lejos.

Índice

| | |
|--|----|
| Disfrute nuestro balneario y camping | 9 |
| Clara | 23 |
| No hay hombres en casa | 37 |
| Un planeta nuevo | 45 |
| Tati | 59 |
| La rutina de las máquinas | 77 |
| Cenizas | 99 |

ARTE CALLEJERO

Manual y guía del payaso callejero | Payaso Chacovachi

El zen de los malabares | Dave Finnigan

Mexicodelia | Diego Altabás

NARRATIVA

Manual de cultivo | Dino Dilhos

Motoneta - La ciudad es tuya |

Martín Vallejos - Nicolás Gelmini Juri

Pruebe sus frenos | Amílcar Bo

¡Talen! | Amílcar Bo

Vayasí | Mariano Pereyra Esteban

La vida urgente | Germán Ulrich

Las iteraciones | Juanjo Conti



www.contramar.org

